

Anécdota que se podrá leer en la biografía de una escritora

En algún momento del año 2000 los estudiantes de Literatura e Historia de la Universidad Católica organizaron un coloquio sobre el golpe y la dictadura. Presenté allí un trabajo que escribí con mucho esfuerzo. Nunca había hecho una ponencia y quería que fuera informada y sensible. Debo haber gastado unos quince días escribiéndola, porque no lograba dar con el tono. Al final, me parece, no lo logré.

Junto a mí había diez o doce estudiantes que también leyeron sus ponencias. Algunas eran buenas, otras más o menos. Pero era la Universidad Católica y era el año 2000, y de alguna manera todos queríamos decir que nosotros, los estudiantes, podíamos hablar de dictadura y de Pinochet sin que se nos quemara la lengua.

Casi al final se presentó una estudiante que también era poeta. Me parecía muy inteligente y sobre todo muy sensible. Alguien dispuesta a discutir con cierta honestidad

y, cosa rara en ese entonces, dispuesta a escuchar. Hablaba desde una fragilidad enorme, como si estuviera a punto de romperse, y tal vez por eso, para no romperla, yo me mantenía a cierta distancia.

Leyó una ponencia en la que presentaba la obra de un poeta desconocido que me pareció luminoso. Lo había ubicado entre sus propios cachureos bibliográficos y, sorprendida por el hallazgo, quería darlo a conocer. A diferencia de los textos que solían leer los poetas de la Facultad de Letras, que eran oscuros y requerían de una clave, los poemas de este escritor desconocido me parecieron abiertos y comprensibles, inteligentes y juguetones. Podía entenderlos, lo que era una gracia, y me quedaban resonando de una forma curiosa.

Salí contento de ese coloquio. Había descubierto a un escritor y habíamos hablado sobre la dictadura en ese nudo de autocensura que era la Universidad Católica en esos años.

Un par de días después, probablemente mediante el chisme y el pelambre, que es como se saben las cosas en la universidad, supe que el poeta recién descubierto no existía y que la ponencia entera era una humorada, una broma. Habíamos caído redonditos. La vieja talla ¿borgeano? ¿bolañesca? ¿parriana? había funcionado otra vez. Supongo que incluso Huidobro la hizo en su momento.

Fue una desilusión.

En parte por una cuestión de orgullo, no lo voy a negar. Como estaba fuera del secreto, solo me quedaba ser parte del lote al que se buscaba burlar y que efectivamente había sido burlado. Pero había otra cosa, difícil de describir todavía hoy. Al recurrir a su escritor de mentirita mi compañera había optado por la ironía, por desestabilizar la balsa a la que los demás nos estábamos aferrando, si no con confianza, al menos con un poco de esperanza. La balsa de la seriedad, la balsa ingenua pero honesta que consistía en decir algo verdadero allí donde esas verdades se habían escuchado tan poco. Todos nosotros, serios y dolidos, serios e indignados, serios y memoriosos, habíamos quedado fuera de juego después de ese falso poeta, tan falso como bueno, para peor. Estábamos todos piluchos, mientras ella solo estaba disfrazada de pilucha.

La historia no tiene en verdad importancia y tampoco tiene final. Quizá la recuerdo solo porque fue mi primera ponencia y tuve que aprender de ese modo que, salvo muy contadas excepciones, nadie quiere escuchar a su vecino y todos queremos escucharnos a nosotros mismos en primerísimo y primer lugar. La cuento porque, en las miles de versiones en que la he leído, nunca vi que apareciera la versión del público, la del que cayó redondito, la versión del burlado.

Las sillas vacías

Pasa en las humanidades, mucho. Pasa en todas las universidades, en las presentaciones de libros académicos, en casi todas las conferencias y en todas, en absolutamente todas las ponencias de los congresos de literatura: las sillas de los expositores están llenas y las sillas del público vacías. Como si nadie tuviera ganas de escuchar pero todos estuvieran muriéndose por hablar.

Parte de mi trabajo consiste en eso, leer ponencias y presentar libros, así es que para mí esta falta de público es una situación cotidiana. A estas alturas ya no me incomoda, pero la mía es una insensibilidad adquirida. Recuerdo como si fuera hoy el punto de quiebre. Era un oscuro seminario en una hermosa ciudad latinoamericana, un seminario auspiciado –según me enteré después– por una asociación más oscura todavía que se dedicaba a recordar a una profesora tan pero tan oscura que ni su nombre retuve. De tres expositores llegamos dos. Y en el público, con

una sonrisa de angelical incomodidad, solas en medio de un mar de sillas vacías, las dos organizadoras del seminario. Nadie más.

Leí mi trabajo largamente investigado con mucha ver-güenza, traté de responder las piadosas preguntas que me hizo mi compañera de presentación –un intercambio justo: le hice unas cuantas a ella también–, y me fui de allí para no volver jamás.

Digo que fue el punto de quiebre porque vi el demonio de frente y salí vivo: si nadie quiere escucharte no se acaba el mundo. En realidad no pasa nada. Es la sabiduría que trato de transmitir a los siempre nerviosos organizadores de los eventos literarios: si no llega nadie, la verdad, no-pasa-nada. Lamento que no sea un saber muy extendido. En un par de ocasiones me ha tocado recibir la frustración airada de algún expositor que no logra convocar el público que, imagina él, debería escucharlo, y no es nada lindo de ver. Diatribas contra la organización o contra las personas que sí están escuchándolo, un despliegue que nunca logra disimular los tristes y banales estertores de una vanidad herida.

Todo esto no quita que lo de las sillas vacías sea un problema, y no sé bien a qué atribuirlo. Hoy la oferta de eventos literarios y culturales es infinitamente superior a la que había hace diez o veinte años, y quizá estamos medio

empachados. He llegado a decir que si Derrida resucitara y diera una conferencia en el GAM en una de esas me daría lata ir a verlo. También es cierto que esa abundancia implica que casi todas las reuniones terminan siendo de nicho, para los que cachan, los amigos o los miembros del club. Obvio: la discusión puede ser mucho más interesante entre iniciados. Tampoco se me escapa que una sociedad diversa y compleja es siempre un poco así, deshilachada, y que la abundancia de eventos es una buena cosa, aunque muchas veces nos encontremos con las sillas vacías.

Echo de menos el foro, sin embargo: un espacio compartido en donde se puede discutir, estar en desacuerdo, pelearse y amistarse. En donde las críticas y los reconocimientos no tienen que ofrecerse por la espalda, como pelambres o zalamerías. En donde nos juntamos los que compartimos el vicio y el gusto de leer y escribir.

Echo de menos el foro, sí, pero estoy seguro de que el porfiado eco de las sillas vacías encierra un misterio que vale la pena pensar. La nada que hay detrás de todo esfuerzo de escritura, incluso detrás de la escritura utilitaria que ejercemos los profesores. La total falta de sentido de nuestro trabajo. El placer que me asalta cuando logro entender que escribo para un lector que nunca estará conmigo.

Un profesor llora

Era un día cualquiera del segundo o el tercer año de la licenciatura en Literatura. Revisábamos en clase un poema de Baudelaire, me acuerdo como si fuera hace tres días: «Les bijoux», o sea «Las joyas». Ahora sé que, entre otras cosas, en este poema Baudelaire especula que la hermosura artificial de las joyas puede ser una belleza más deseable incluso que la belleza natural de la mujer desnuda. Sus primeros versos dicen así:

La très-chère *était* nue, et, connaissant mon coeur,
Elle n'avait gardé que ses bijoux sonores,
Dont le riche attirail lui donnait l'air vainqueur
Qu'ont dans leurs jours heureux les esclaves des Maures.

¹ Para lo que importa esta historia es esencialmente verdadera. En la forma y en algunos detalles es casi por completo una invención.

En una traducción bastante literal, su sentido es más o menos el siguiente:

Mi querida estaba desnuda y, conociendo mis gustos,
solo se había quedado con sus sonoras joyas,
cuyo arreglo le daba el aire victorioso
que tienen, en sus días felices, las esclavas de los moros.

No me di cuenta sino hasta que fue muy tarde, cuando ya había logrado recomponerse, pero mi profesor, ese hombre amable y serio, ese hombre que de vez en cuando echaba unas tallas fomes pero simpáticas, ese hombre en general dispuesto a explicarnos con paciencia su materia, ese hombre grande y de barba se había puesto a llorar mientras leía el poema.

Su voz no cambió en lo más mínimo. Pudo seguir leyendo con aplomo e incluso con alguna intención. Eran sus ojos los traidores. Dejaban y dejaban caer un río de lágrimas involuntarias que corrió un momento por su cara. Creo. Como digo, no me di cuenta de lo que había visto sino hasta que ya fue muy tarde.

Su llanto me tomó por sorpresa. Para mí no había nada en ese poema, ninguna palabra que pudiera emocionar a alguien. ¡Hablábamos de una mujer desnuda llena de joyas, por dios! Siempre cabía la posibilidad de que en el

pasado de ese hombre hubiera una *très chère amie* o un *très cher ami* que desatara sus emociones, pero pensé que las historias de amor son cuestiones que solemos tener bien empaquetadas en la memoria y no son las que primero saltan en un acceso sentimental.

Y tenía razón. Como explicó de inmediato y con un poco de vergüenza, nuestro profesor se había emocionado justamente por la cuestión de la belleza artificial en contra de la natural. Lo había quebrado la ilusión un poco fáustica de alcanzar por medio de las palabras lo que la naturaleza brindaba de manera gratuita, aunque lamentablemente sin conciencia. Esas fueron, más o menos, sus palabras.

Me quedé turulato. Mi paleta de sentimientos, que hasta ese momento creía más o menos amplia, no consideraba una emoción de esa índole, tan abstracta, tan intelectual. Miré a mis compañeros y me pareció que una línea invisible nos ponía inevitablemente en dos grupos. A un lado estaban los que asentían, los que comprendían, los que entendían o querían entender o no necesitaban entender porque ya habían sentido eso que describía nuestro profesor. Al otro lado estábamos los que, por mucho que nos esforzáramos, no podíamos conectar a la joven desnuda y la reflexión sobre la belleza con nuestro aparato lacrimal. Había unos que comprendían y adherían. Había

otros que no entendíamos y exigíamos o, qué sé yo, necesitábamos una explicación.

Ahora que soy viejo puedo interpretar esa escena como una cuestión de experiencia: nunca había pensado mucho en la belleza, nunca había escrito sobre ella, no tenía muchas experiencias de la belleza. Ahora me parece enteramente posible que alguien que ha dedicado sus mejores horas a entenderla se sienta, en un momento dado, abrumado por ella.

Los que todavía me resultan difíciles de leer son esos compañeros y compañeras que cayeron inmediatamente seducidos por el rayo de Baudelaire. Para intentarlo no me sirve la palabra experiencia sino que debo recurrir más bien al gusto: ese dato que no es intelectual, que no puede explicarse, esa inclinación que parece natural, ese saber que antecede al saber. El gusto, esa marca de distinción. Qué odioso es el gusto.

Recuerdo que los miraba y al mismo tiempo me prometía no dejarme seducir nunca por el gusto de nadie, nunca, y evitar también sentirme autorizado por mi propio gusto. Me juré que intentaría explicármelo todo, conocerlo todo, formalizarlo todo. Que nunca asentaría sin comprender.

No he podido cumplir con ese programa, por supuesto. Pero lo intento. De veras lo intento.